

Hector si que lo va a cuidar. Le va a aplanchar las puntas dobladas con la plancha de mamá y le va a cambiar el forro. Le va a poner un forro pegado con goma. Papá tiene mucha goma traída de Estados Unidos. Allí vive Melico, el hermano de papá. Melico le manda a papá, goma, lapices y vestidos para nosotros.

Y el libro se va, pero vuelve peor. El forro hecho una costra con la goma y algunas de las puntas quemadas con la plancha. ¡Qué niño más descuidado!

Quien se lo lleva ahora es García, después César, y Tulio, y Teodoro, y Dago, y... Ya el libro no sirve. ¡Pobre libro! Ya no tiene forro, le faltan muchas páginas, pero todos lo han leído.

Ya Paco sabe muchos cuentos para contarle a su hermanito menor. Ayer

le contó «Uvieta». De cómo se hace el diablo polvo. Y que haciéndole bien a los viejecitos puede uno ir al cielo.

Dagoberto dice que el niño Dios le va a traer muchos cuentos de «La Tía Panchita».

—Niños, van a regalar lo que queda del libro, lo van a regalar.

—Que se rife... que se rife...—y se rife.

Le tocó a Ajún, el chinito de la clase. Ajún volverá a leer los cuentos que quedan, y lo va a guardar como recuerdo en una cajita que le mandó el abuelito de la China.

Los niños chinos no tienen cuentos de «La Tía Panchita». Los niños chinos no deben gozar porque no tienen el cuento de «Tío Coyote» y «Tío Conejo». Los niños chinos no deben gozar.

Puntarenas.—1921.

cuando vieron salir a Zamboni con otra guitarra, se echaron a reír todos y los de la cábala sacaron tanto partido de esto, con tal algazara y estruendo, que no hubo medio de oír una sola nota de aquel delicioso pasaje. Luego salió al balcón Rosina, y el público, que gustaba de la actriz, se disponía a aplaudirla. Por desgracia debió decir: «Seguí o caro, de' seguí cosi» y apenas lo hubo dicho redobló la risa. La silba y la gritería no cesaron durante el dúo de Almaviva y de Fígaro, y desde entonces ya se consideró fracasada la obra. En el dúo de Fígaro y Rosina volvieron a oírse los silbidos con más fuerza, y como redoblaba el estruendo no fué posible oír el final. Parecía que todos los silbadores de Italia se habían dado cita en la sala. Cuando se corrió el telón, Rossini se volvió al público, se encogió de hombros y dió algunas palmadas.

«Dicen que los espectadores se ofendieron de este acto de desdén, pero el caso es que nadie se atrevió a protestar. La venganza se reservaba para el segundo acto, y fué tan cruel cuanto era posible, pues no se oyó ni una sola nota. Sin embargo, Rossini, que por lo que se ha visto, no fué más feliz que Beaumarchais, no perdió la calma un solo instante y salió del teatro tan tranquilo como si se hubiera tratado de una obra ajena. Los cantantes, después de haber cambiado vestidos, acudieron a la casa del compositor para consolarlo de la triste aventura, y lo hallaron... profundamente dormido!»

¡A cuántas reflexiones da origen la lectura del anterior párrafo que no he resistido a la tentación de transcribir. Cómo está expuesto a equivocarse un público apasionado! Con qué soberano desdén miró Rossini a aquel público que silbaba su obra maestra antes de poder juzgarla, y cuán justificado quedó ese desdén por el fallo, no de uno sino de millares de públicos de más de una centuria.

Cuando, en nuestros tiempos, tenemos la oportunidad de escuchar un «Barbero de Sevilla» como el que escuchamos el sábado por la noche, no podemos menos de reconocer con regocijo que las obras maestras fueron escritas, no para una época, sino para todas, y no para satisfacer las preferencias de determinada generación, sino para llevar la emoción del arte a todos los corazones humanos. Y reconocemos también, con gran satisfacción, que la escuela del canto no está hoy tan decaída como a veces suponemos; pues de estarlo, no sería posible interpretar tan soberanamente bien una partitura que fué escrita muchos años hace para grandes cantantes.

El Barbero de Sevilla

IMPRESIONES DEL MAESTRO RAFAEL J. TELLO

HACE más de cien años que esa partitura se pasea orgullosamente por Europa y América, sin perder un ápice de su prestigio, sin desmerecer en nada ante las obras maestras que, en el género bufo, han dado posteriormente los grandes compositores. «Los Maestros Cantores», de Wagner, el «Falstaff» de Verdi, no han destronado a «la Perla de las óperas bufas italianas» (como llama al «Barbero» el severo crítico alemán Riemann).

¡Quién creyera que una obra que fué destinada para reinar por tan luegros años requirió tan sólo trece días de trabajo a su autor!

Y ¡quien creyera que esa obra maestra fué silbada despiadadamente el día de su estreno por el público romano!

A este propósito cuenta Félix Clement lo siguiente: «Desde el punto en que se abrieron las puertas del teatro de la Torre Argentina, se hallaban en su sitio los apasionados enemigos de Rossini, mientras que por el contrario, sus amigos, intimidados por el fracaso reciente de «Torwald», se mostraban poco resueltos a sostener la obra. Añádase a esto que Rossini había tenido la debilidad de permitir que García, cuyo talento admiraba, substituyese la Serenata del primer acto con una canción española de su composición; creyó que como la acción pasaba en España, esto daría cierto color local a la obra, pero aquel ensayo hizo un efecto deplorable, dada la disposición del público. Por desgracia, el traspunte se olvidó de templar la guitarra de Almaviva, lo cual tuvo que hacer García, ya en la es-

cena. Rompiósele después una cuerda; tuvo que sustituirla y el público empezó entonces a reír y silbar sin consideración alguna al Maestro, que entonces tenía veinticinco años, y que estaba allí acompañando la orquesta al piano, según era costumbre.

«Como era ajena a los gustos y hábitos de los italianos, la melodía fué mal recibida, y el patio se puso a canturrear algunos motivos españoles. Después de la introducción vino la cavatina de Fígaro. Pudo oírse el prelude, pero

Ninfa del bosque

(Tema de M. VINCENZI).

Por entre el bosque fresco y florecido
me acerco al lago, y en su clara linfa
ansío ver la pudorosa ninfa
bañándose desnuda y con descuido.

Como un manto el cabello destendido
le cae sobre la espalda y la cadera...
Nace el alba indiscreta y hechicera;
y el agua, entonces, sin hacer ruido,

el cuerpo le acaricia voluptuosa,
y, rizándose grácil, con sus ondas
tiembla en su seno de jazmín y rosa...

¡Lanzo un suspiro, oculto entre las frondas,
y al oírlo y mirar de donde emerge,
la ninfa dentro el lago se sumerge!

R. MAYORGA RIVAS

(Envío del Sr. Vincenzi).

(Excelsior. México, D. F.)